Pilar Paz Pasamar. Selección de textos

Ana Sofía Pérez-Bustamante Mourier

ÍNDICE

Mara

"Dónde voy yo, Dios mío"
Los niños y el mar
El faro
Desde mi huerto

Los buenos días

Rondador, por el aire
Las cosas odiadas
El rebelde
Huésped de mi vida

Ablativo amor

"Sabes mi corazón como un camino"

Del abreviado mar

Del abreviado mar (I)
Consejo
Elegía
Del abreviado mar (II)

La soledad, contigo

La casa
La alacena

Violencia inmóvil

"Hay algo que nos pasa inadvertido"
"Solo me queda el corazón"
Presente
Violencia inmóvil

La torre de Babel

La torre
El insomne (Apartamento 26-2)
La salvación por la esperanza
Moriré con las botas puestas

Textos lapidarios

"Yo, Alfonso"

De la piedra que a nombre bezahar
Madre Monte Corona
La sed junto al aljibe

Philomena

Génesis
Maitines
Idioma
“Philomena, tu cántico”
Maimónides bajo la lluvia
La noche abolida
Rediviva

Sophía

Y, sin embargo, canta
Tal día como hoy
Felicidad
Palabra
Taurokathapsia
Narciso y el agua
“Ahora te sé, pues te recuerdo”

Los niños interiores

Hide-away
“Nido inmenso es el mundo”
“El cuerpo, este preludio de lo eterno”
Fracaso escolar
Alambradas
    Primer tiempo. Cante hondo en la venta
    Segundo tiempo. Debutante
El día de mañana

Mara

[DÓNDE VOY YO, DIOS MÍO]

¿Dónde voy yo, Dios mío,
con este peso tuyo entre los brazos?

¿Para qué has designado
mi pobre fuerza a tu cansancio inmenso?

Si quieres descansar, descansa en otros,
apoya tu palabra en otras bocas
que te dirán mejor. Yo quiero ir
a solas por el campo, sin motivos,
sin lazos y sin cosas. Vete ya,
no soy yo quien debiera sostenerte.
Tu peso duele mucho, y es muy grande
tu fatiga de Dios sobre mi cuerpo.

¿A dónde quieres ir sobre este vago
caminar de mis pies, que no se orientan?

Búscate un lecho blando
en el pecho del niño, o del poeta,
pero déjame a mí, muda y perdida,
sobre la tarde sola.
No huelles más mi hierba que humedece
un rocío continuo y desvelado.

Estoy empobrecida de lágrimas y gestos,
no tengo más calor que el de esta pena sorda,
y eres muy grande Tú para este frío,
y es muy pequeño el beso de mi boca.

¡Déjame ya, Señor! ¡Hay tanta espiga!
¡Hay tanta espiga enhiesta…!
No recorras
este arenal desierto de mi huida.
¡Déjame ya!… ¡Se está tan bien a solas!

LOS NIÑOS Y EL MAR

Todos iban corriendo. Tamboriles
ligeros, cada pie, sobre la arena.

Aire, espuma, azahar, sobre las sienes,
caricias de la mar, carnes morenas.

Todos iban corriendo menos uno
que quería abrazarse a la marea.
Todos iban corriendo por el aire
casi, de tanto contemplar las velas
y las altas gaviotas —blanquecinos
presagios de la playa—.
El mar se queja
en su ruidoso abandonarse tanto,
en su ansiedad de renovar sin treguas.

Todos iban corriendo, menos uno…

La tarde ya ha soltado su melena
de sales y de vientos débilmente,
con el último sol, pálida y ciega.

Yo lo vi con los brazos extendidos,
pretendiendo abrazarse a la marea
en un juego infantil y desbordante…

Locos y palpitantes,
los otros van corriendo por la arena.

EL FARO

Polifemo marino cuyo ojo radiante
escruta la marea y se vierte en la ola.
En mis horas de sueño, por mi mar agridulce
yo también siento el brillo de tu mirada quieta.

Por mi mar, mi ancho mar, donde ahora me sumo,
donde sola me ahogo, donde el cuerpo sumerjo
por no hallar soledades donde viven los hombres
allí te alzas, me miras, con tu cuenca expectante
de luz, único árbol del valle de las aguas.

Yo también necesito tu línea divisoria,
saber dónde la costa o el escollo me aguarda,
dónde mi paso por el líquido camino
del mar, se verá un día orientado y preciso.

Mientras tanto, ilumina, asceta en lo infinito,
este sueño aquietado entre lo azul en sombras.

Sigue así, levantado, posando tu mirada
en el girar continuo de mi alma y las olas.

DESDE MI HUERTO

Los pájaros se comen la flor de almendro igual
que el tiempo picotea sobre mi sangre joven.
Poco a poco, se nutre de esto que es tan mío,
de lo que en mi interior apenas tiene nombre.

Hoy mi voz es un canto encerrado en la enorme
sonoridad elástica y pura de mis huesos;
de mi boca encendida se escapan lentamente
las espumas calientes de mis ritmos internos.

Y todo fluye, se alza, se renueva, se agita
por esta viva fuerza que brota desde dentro.
El tiempo mordisquea mi carne mientras los
pájaros comen la dorada flor de almendro.

Los buenos días

RONDADOR, POR EL AIRE

Donde te encuentro es en
el instante preciso
que no te reconozco.
Cuando las cosas tienen
tanta fuerza que casi
parecen ellas solas.
Pero apenas mi mano
roza la superficie,
tú asomas desde el fondo
de la materia, y vienes,
y brotas como el agua
de dentro de la tierra
cuando se la socava.

A hurtadillas te miro
saltando por las hojas,
mirlo imprevisto, ave
impuntual y ligera.

—Buenos días, nos das.
—Hasta luego. Y regresas.
Pareces la alegría
que tantas veces vuelve
inesperadamente.

—¿Nunca podremos, di,
pasar sin tu sorpresa?
¿Seguirás destapando
nuestros ojos y huyendo
y regresando apenas
se vuelvan a cerrar?

¡Oh, estrenador ligero
de párpados! Mi vida
se sorprende a tu paso
cuando en ella resbalas,
pero te reconoce
viajero y piensa que
tu brevedad es más
fija que la costumbre.

No intenta retenerte
y sabe que acostumbras
a venir si el olvido
prolonga demasiado
su oscura sombra en los
seres que tú visitas.

La tierra, aunque no sabe
el porqué de la lluvia,
se puebla agradecida.

Yo, que también ignoro
a qué vienes, me dejo
cruzar por el instante.

Después vuelvo a las cosas.
A mirar, a mirarte,
rondador por el aire.

LAS COSAS ODIADAS

No es culpa mía. Hay un abismo abierto
aun antes de existir. En la memoria
de quien lo hizo esté el remordimiento.

Estoy desperdiciando con vosotras
una frecuente luz que bien pudiera
iluminar las manos generosas,
iluminar los trigos y las cepas,
encenderme en el llanto o la alegría.

¿Cómo es posible que no os lleve
junto a mi corazón como a otras tantas,
que involuntariamente en mí os destruya?

Más que dolor es miedo a contemplaros
desde mi pensamiento,
reconocer que es imposible
quereros acercar y, sobre todo,
saber que incluso el odio
es una forma de sentir la vida,
que estáis también alimentándome,
que vuestra muerte es una forma
de crecerme en mí misma,
que involuntariamente el corazón
os siente: ¡que sois mías!

EL REBELDE

¡A mí la nieve me quema
siendo la nieve tan fría!

¿Que dentro? —Salgo a la calle.
¿Que fuera? —No. ¿Que de día?
—Yo salgo de noche. ¿Que
de noche? Y mi alma se empina
para darse contra el sol
rotundo del mediodía.

No, si me tienden las manos
las quitaré de las mías.
Si ponen entre barandas
mi regresada alegría
romperé los barandales
y los lazos en seguida.

Ni tú ni el otro. Ni tuya
ni de nosotros. Mi vida
un *no* contra todo y siempre
no, *así no*, como una fría
espada de pesadumbre
contra márgenes y guías.

¿Que los demás?
Los demás
podrán, pero yo no. Mira:
es preferible quedarse
seco como la ceniza.
No, a mí no. Descalzo y limpio
mi corazón no se agría,
pájaro neutral de marzo
vivo como el *todavía*.

Mi pie, mi mano. La mía…
¡A mí la nieve me quema
siendo la nieve tan fría!

HUÉSPED DE MI VIDA

Esta vida, esta vida que es la mía,
sobre la que yo pongo mi desvelo,
no me responde a veces.
En ella vierto lágrimas, adobos
de espera, mis cuidados
que no recoge, vientos
que apenas la conmueven.
Por sus arriates, por sus barbecheras,
allí tiendo la mano presurosa
a recoger, a recibir, mas siento
que apenas crece nada.
Voces extrañas, eso sí, hojas huéspedes
pero no las que quise ver nacer,
y me sorprendo ante los tallos mudos
que parecen no darse de mí cuenta.

¿Quién desaloja, quién incuba seres
insólitos bajo este sol que es mío?
¿De quién eres tú, rama altiva y sola,
que creces a pesar de mi extrañeza?
¿Qué vida es esta que me guarda tantas
cosas como si yo no poseyese
para mí, totalmente, su soporte?
¿O el soporte soy yo y ella la eterna,
la prodigiosa luz que nace
como si no fuese de mí
y en cambio yo el extraño
que bajo su alegría cobijase?

¿Cómo podré decir al mundo: soy,
si asombrada me miro entre estas luces?

Oh vida, vida mía, ¿no soy yo
la que te está creando, o tú quien vives
ajena a mí? ¿Soy yo quien te sustenta
con tu escolta de seres
tuyos, no míos, nunca comprensibles?

¿Quién de las dos conoce?, ¿quién se nutre
de quién?, ¿cuál de las dos es la que espera?

No me contestas. Nunca, nunca vamos
marcando el paso igual. Tú con tus seres,
con tus flores extrañas descuidándome.
Yo con mi asombro. Sola con mi asombro
y mi pregunta a flor de labios. Sola,
mirando cómo se hace grande el mundo.

Ablativo amor

[SABES MI CORAZÓN COMO UN CAMINO]

Sabes mi corazón como un camino
que hayas cruzado una y cien mil veces,
como el oficiador sabe sus preces.
Haces costumbre del Amor mi trino.

Te sabes de memoria mi destino,
y en su tierra te hundes o te creces,
cosa que no has ganado ni mereces
pero que quiero darte como un vino.

Sabes tanto que sabes que no puedo
llegarme a otra fuente que tu boca
y que no tengo libre la mirada.

Sabes que te prefiero y que concedo
todo lo que tu dulce mano invoca.
Que en ti está todo, y lo demás es nada.

Del abreviado mar

DEL ABREVIADO MAR (I)

A las arenas
del abreviado mar lleguéme un día.
L. DE GÓNGORA

Al mar pequeño se va
cantando y no
se vuelve más.

Mar abreviado, mar mío,
interno, dulce y amargo,
donde la nave del sueño
tuerce la espuma del cántico.

Al mar pequeño se va
cantando y no
se vuelve más.

Hay en cada corazón
un pequeño y dulce mar.
El que navega en sus sueños
lleva su propio compás.
No hay brisa más limpia y nunca
sabe tan buena la sal
como en esta travesía
de la propia soledad.

Al mar pequeño se va
cantando y no
se vuelve más.

A vela, casi volando,
las jarcias frente a los vientos,
mi corazón en la punta
del mástil de mi silencio.
Como peces asustados
se asoman mis pensamientos…
¡Ya están echadas las redes
y mis manos en acecho!
—A ver quién me va a impedir
pescar mis propios secretos—.

Al mar pequeño se va
cantando y no
se vuelve más.

Gotea un agua de verso.

CONSEJO

Aprende a estar tan sola que hasta tu sombra misma
apetezca librarse. Sé tú la compañera
de tus pasos, de modo que llegues a las cosas
siempre como el que llega de una tierra extranjera.

Aprende que el dolor solo es de ti, la risa
solo tuya, testigos los dos de tu manera.
Para que la luz fluya clara de tu sonrisa,
desaloja el fingido sol que el mundo te presta.

Quédate con la nada que brote de tus manos,
quédate con lo poco o lo mucho que seas
en la noche tranquila de tus mejores gestos,
en la sombra amorosa que ahora se te revela.

¡Los otros!… Si los otros pudieran comprenderte,
si alguien pudiera hablarte por dentro y no por fuera,
si esos que ahora te llaman no estuviesen atentos
al sonido estruendoso de las falsas trompetas…

Llámate tú. Sé música de tu propio instrumento,
color de tu pintura, cincel en la madera
de tus sueños. Dibuja lo que quieras decirte,
escríbete tu historia, escúlpete en tu piedra.

Aprende a estar a solas. Bebe el agua en tu mano,
nadie te la ha de dar tan limpia ni tan fresca.
Lo que tomes del mundo con la ayuda de otros
no podrás admirarlo de noche en las estrellas.

ELEGÍA

Había una muchacha que aprendía canciones,
un pedazo de cal insobornable y fresca,
un destino de amor apresurado y libre
como el alucinante paso de las gacelas.

La maravilla tuvo su aposento en el trino;
pájaros se agrupaban absortos en su trenza.
A golpe de amor iba convirtiendo en azúcar
lo que su pie gozoso tocaba en las aceras.

Tenía una costumbre cantora por los dedos,
convertía en silencio el dolor de la espera,
sabía del compás azul de las gaviotas
y del itinerario rubio de las abejas.

—En el rincón de los sucesos madurados
hay un sitio sin nombre para la que no llega—.

Hay que cantarla. Hubo una muchacha alegre,
conocedora de delfines y mareas,
ebria como la espiga frente al golpe del viento,
blanda como la triste dulzura de las fieras.

Me dejó el aposento desalquilado. En otros
paisajes irá loca girando en las veletas,
detrás del armonioso polen, sobre las dalias,
voladora en los giros de luz de las luciérnagas.

Aquella, la muchacha, el ángel venturado,
se llamaba esperanza y era la adolescencia.
Tras su cristal, el mundo casi no era este mundo,
incorporado a una limpia zona de estrellas.

Aquello era ser solo muchacha. Era ser libre,
hecha de carne huidiza como la primavera.

DEL ABREVIADO MAR (II)

Andando, andando,
que quiero sentir cada grano
de la arena que voy pisando…
J. RAMÓN JIMÉNEZ

Cada grano que piso
es mi propia alegría.
Cada sueño que cruzo
me abre una nueva puerta.
Mi corazón, rondando,
se confunde en el mundo
y vuelve a mí dichoso
en gloria y oleaje.
Mi vocación se mece
como una enredadera
o un manojo de algas
frescas sobre la espuma.

Cantar a cada cosa,
cantar cada momento,
apretar la palabra
como pisa la uva
el hombre en los lagares
y llenar con el zumo
derramado los bordes,
las cosas y los nombres
que entregue la canción.

Al abreviado y solo
mar de mi pensamiento
he llegado esta noche
decidida de luna…
¡No tener más que esto
y entregarlo del todo!
¡No tener nada nunca
y estrechar en el aire
las manos limpias sobre
la piel de la esperanza!
¡No ser nadie y tener
la nada repartida!
¡No esperar, y morir
en espera del Todo!

La soledad, contigo

LA CASA

La casa es como un pájaro
prisionero en sí mismo,
que no medirá nunca
la longitud del trino.
Encarcelada ella
que no yo, pues la habito
conociéndola, y pongo
mi cuidado y mi tino
en algo que no sabe
ni sabrá de mi cuido.
¿No me siente por dentro
removerme, lo mismo
que se siente en la entraña
la presencia del hijo?
Me ignoran sus cristales,
no nos sienten los vidrios
tras los cuales luchamos
contra el mar y sus ruidos.
No sabe que en sus muros
crece el amor, que hay sitio
para soñar, que hay mundos
y faros escondidos.
Ignora de qué modo
la nombro y la bendigo.
Le digo muchas cosas:
la pongo por testigo
de todos mis secretos.
De lejos, si la miro,
me parece que tiene
la tristeza de un niño
abandonado. Subo
sus peldaños, le digo
mi nombre, porque note
que he regresado. Giro
por su caliente espuma,
me afano por su brillo,
la quiero clara, alegre
la enciendo con mis gritos,
con el sol, con el aire
del salado vecino.
Casa nuestra, mi casa…
¡Cómo crecen sus filos!
¡Cómo crece la sombra
de Dios aquí escondido!
¡Qué inevitable y fácil
la soledad, contigo!

LA ALACENA

Cada mañana abro la puerta
de la alacena, y se derrama
la gran marea contenida
de sus efímeras fragancias.
Del rojo labio de las orzas
como del borde de una playa
hasta mí llega el oleaje
que el especiero me adelanta.
Como en convento de clausura,
todos esperan, todos callan,
y el ruiseñor contemplativo
del tiempo trina y les delata.
Pongo mi mano en coberturas,
por mansedumbres alineadas;
palpo cebollas abadesas
que en tocas múltiples se inflaman,
ajos bufones y gibosos,
dulces almendras escudadas.
El azafrán —escandaloso
rubor ardiente de las aguas—,
acuarela que en los guisados
se empalidece y desbarata,
hilado ahora se suspende
como una vena solitaria
junto al fragante corazón
del laurel y de la albahaca.
Miro al altivo perejil,
la violenta remolacha,
la zanahoria rubia y verde
y la irascible nuez moscada.
Encapuchados, los pimientos,
frailucos tristes sin compaña,
buscan retiro entre las sombras
que los rincones les deparan.
La yerbabuena mece el tallo
soñadora y atormentada
y en la inocente especiería
la sal irrumpe adelantada,
nieve tenaz y entrometida
que en todas partes se derrama.
En un rincón, mecen su vientre,
gremiales, pobres, las patatas,
humildes, mansas y absolutas
en la pobreza de sus sayas.
Mundo, alacena, noviciado
del sabor. Vientre, nido, nada
y todo del mundo, del olor

con el que huelen las mañanas,
con que saben todas las cosas
escondidas y enamoradas.
Olor, servicio del olor,
oh, pequeña canción diaria
que contagia mis manos y hace
la tarea llena de gracia.
Especias, ramos, condimentos,
ingredientes de la esperanza.
He repetido vuestro nombre,
mi corazón también os canta.
¡Ay, si pudierais perfumarnos
las raíces de las palabras!

Violencia inmóvil

[HAY ALGO QUE NOS PASA INADVERTIDO]

Hay algo que nos pasa inadvertido,
algo que nos transita y que no vemos.
Borges lo llama "Aleph", y los sencillos
lo llamamos misterio.
Hay algo prodigioso, cuando el sabio
entrega el universo convertido
en silla de montar. Los experimentales
en sus laboratorios blanquecinos,
el místico en su celda, el negro en paroxismo
y la mujer de parto, y el viejo de los cuentos
de los fantasmas provincianos,
y todo aquel que despertó una noche
creyendo en lo que había dudado mucho tiempo
sabe que existe un lado intransitable
de donde surge el estremecimiento.
El asombro fue siempre patrimonio del hombre.
Comenzó en una chispa su gran descubrimiento.
Después, el mar inmóvil y monstruoso.

Junto a su pavorosa mancha negra
asustados y tímidos, los hombres
echaban a volar las conjeturas
como petreles, a los vientos.
Y —ya sabéis—, fueron doblando espumas
y deshojando mitos marineros:
el sueño de la isla sumergida
que algunos describieron,
la utópica cosecha redoblada,
las serpientes, los monstruos, el coral
de los sargazos sanguinolentos.
Todo fue para el hombre. Sí, del hombre
que hace la historia con sus huesos
móviles y sonoros, paso a paso
por los caminos descubiertos.

Ayer, el mar. Hoy quedan las galaxias,
la patria azul del firmamento.
A lomos de los mismos corceles de esperanza,
va el hombre hacia el secreto.
Pero alguien canta mientras tanto
desolado y profético.
Como desde el principio, desde el ave
primera que rompió el primer silencio.
No esperan su equipaje en los navíos,
nadie cuenta con él para el proyecto.

Sus naves interiores atraviesan
un inútil camino sin regreso.
Alguien queda en la tierra, olfateando
los astros y los vientos.
Solo adivina. Vive
por cada vivo y muere en cada muerto.
Está cerca de Dios más que ninguno.
Con más miedo que nadie,
con más miedo...

[SOLO ME QUEDA EL CORAZÓN]

Solo me queda el corazón. Palabras
ya no me bastan. Sobra el pensamiento.
Solo me queda el corazón, más grande,
cada vez más amargo y más sediento.
Hablo con él, le digo: ten cuidado,
te has lastimado muchas veces. Pero
yo bien sé que me puede y que se crece
con cada asombro y cada desaliento.
He nacido con él y no hago nada
por emerger en otro clima. Pendo
como la luna más desamparada
en un vaivén de luces y de vientos.
Voy buscando señales en los ojos,
en las calles aparco mi desvelo,
me arrimo por las sombras de otras voces
y cuelgo mi pregunta en los aleros.
Cuando llega una tarde como estas,
una tarde sin prisa ni deseos,
una tarde de pena, una de tantas
tardes oscuras del aburrimiento,
puedo oírlo mejor. Late despacio,
tremendamente solitario. Puedo
sentir el corazón en cada vena,
está casi en la punta de los dedos.
Casi puede romperse de tan frágil,
de tan crecido casi escapa. Quepo
mejor yo en él que en mí cabe el latido…
¡Le viene grande el corazón al cuerpo!

PRESENTE

He llegado a mirar la historia con ojos amables.
Comprendí no a los que habían sido peores o mejores
sino a los que existieron realmente.
Por fin hallé interés
en sus rostros cohibidos por unánime susto
sobre los mármoles.
Todos ellos —tal vez merecedores
de la inmortal nomenclatura—
acechados por la red de lo eterno
fueron insectos capturados o algo muy parecido
a lucir luego bajo la impecable
prisión de las vitrinas.
Así fue como nunca pude llegar a amarlos
porque estaban cubiertos de erudición y rito
y eran —tal Gundemaro, o Sófocles, o César—
obligación de aulas, olor espeso de pupitre,
tinta de letanía, venganza de aburridos.
Hoy he sabido ver la historia de otro modo
porque al fin he sabido que no existen historias
sino un instante único en el que somos todos
creados, aunque no lo entendáis, al mismo tiempo.
Codo a codo, los que concluyen inauguran,
inician otro amor, según lo hayan sentido,
así que no lloréis porque nada hay debajo,
nada queda enterrado sino vivo
en un presente rojo, de roja llamarada
donde caben, incluso, esas constelaciones
perdidas, y los monstruos del plioceno
mano a mano con el último
yeyé y el último rey jíbaro.
Por eso, como todos los que están
—aunque estén por venir— somos al mismo tiempo,
he sentido un profundo y provinciano amor
por mi vecino Sigerico
y gran ternura por los lacedemonios
que viven en el piso de al lado.
Sí, hemos de amar a todos, porque están con nosotros,
aprender a hablar de ellos como de seres vivos.
Él los está mirando al mismo tiempo
que nos mira a nosotros. Pero nos mira concluidos,
incorporados, recién llegados, juntos
en el todo que hoy desmenuzamos
—siglos, edades, eras, años, ciclo, estaciones—:
en el presente parpadeo
de sus enormes ojos lúcidos y creadores,
abarcadores, fijos, donde nada se pierde,
ya os lo digo, ni el último que llegue de los últimos.

VIOLENCIA INMÓVIL

Tú sabes la verdad del mundo, Loco mío,
y cómo has de entregarla lejano y maniatado,
en Cruz, como las aspas de un molino empinado
en solitaria calma y aparente desvío.

De lejos parecías un aquietado río
incapaz de abarcarnos con tus brazos atados,
pero de cerca fuiste un viento desatado,
blandiendo las espigas e incendiando el estío.

De lejos parecías quieto, sin movimiento,
que eras como ese mar pacífico de al lado
y me acerqué esquivándome de su salpicadura…

Y entonces, me abarcaste, me cegaste violento…
¡Gracias, Señor, te doy por haberme golpeado!
¡Gracias, por derribarme de la cabalgadura!

La torre de Babel

LA TORRE

Tenía la tierra una misma
lengua y las mismas palabras.
GÉNESIS 11, 1

Alcanzó cierta altura la torre elaborada
con betún y argamasa inocente y con llanto.
Subían como yedra, tercos, como termites,
trepaban sin engarce, con prisas ascendían,
subían sin aliento, a codazos, con prisas
subían, ascendían, cada vez más lejanos.

La tierra contemplaba absorta la partida.

Y por aquel barullo, por aquel amasijo
de rótulas y sexos atravesó la espada
del silencio tajante, del silencio absoluto.
Nadie supo del otro. Labios desesperados
sin emitir sonidos, buscaron otras bocas,
ciervos desesperados buscaron otras fuentes,
madres desesperadas buscaron otros hijos.
Las aves por la noche gritaron asustadas.

La torre cayó al suelo, volvió al seno la arcilla
y en el silencio la tierra lloró por la palabra…

EL INSOMNE
Apartamento 26-2

Es la última que queda. Es el último
amigo. Ya no quedan en el frasco.
Ya no sabré qué hacer cuando falte.
Ya no sabré qué hacer con el silencio,
con este animal bífido aguardando,
este camaleón, este hormiguero
y esta sierpe que mira de soslayo.
Ya no sabré qué hacer con las cuartillas
ni, cuando ellas me falten, con mis pasos.
Ya no puedo saber si son objetos
todo lo que perdí en la vida. Abro
de nuevo el libro. Cierro. Pienso luego
en aquella canción, mi madre al lado
—con voz suave—: "Una vez, cinco lobitos…".
¡Cinco lobos. Doscientos. Una mano,
por favor, que me enjuague ya la frente!
Contaré lobos, dientes: dos, tres, cuatro…
Cien mil lobos reunidos. No hay ovejas.
Anduve por aceras, por meandros,
ríos sin cauce, calles, avenidas
sin desembocadura, arriba, abajo.
Anduve, anduve, anduve, anduve, anduve…
Anduve altivo y triste y ciego y pálido.
Mañana echaré a andar de nuevo, el sueño
no vendrá, como ellos, tras mis pasos.
El insomnio será mi compañía…
(Ya no quedan amigos en el frasco).

LA SALVACIÓN POR LA ESPERANZA

No, que no fue dolor tan solo, la belleza
también que sonreía, el aire del sahumerio
detrás de aquella puerta cerrada para el hombre,
esperaban abrirse como una primavera.

No, que no fue en la muerte. Comenzó en un ovario
el gran esperma espíritu, el de la gran victoria
de la unión. En sus órganos la madre
asume y participa de la rosa salvífica.
En la mujer, en todas las mujeres se halla
parte de la respuesta porque de ellas emana
el lunar resplandor, tibieza intemporera
que incide hasta en las zonas abisales,
cotos de la negrura sumergida.
El saloma y la dicha y la esperanza
fueron antes que el mar y el terremoto,
antes que toda rosa y aguacero.
Antes que el parto de la luz estaba
ya preparada, a punto, la belleza innombrable,
las maternales combas, los hombros inclinados,
toda gracia fluida, belleza en lo absoluto,
gracia en escorzo, líneas apuntadas al viento.
Primero la Palabra, y en la Palabra estaba
ya una mujer que había emparentado
con la raíz de todas las estrellas…
—¡Almahad florido, almendro rubicano!—
Y así sobre la tierra se eligió la placenta
de una mujer absorta. Por propia iniciativa
Él eligió el aroma para darnos el rayo.
Antes de hacerse hombre ya tenía la rama,
toda esbelta y perpleja, con el susto en los ojos,
el asombro perenne de las madres dolidas,
de la mujer. De todas las mujeres del mundo
que paren y que esperan contra toda esperanza.

MORIRÉ CON LAS BOTAS PUESTAS

Moriré con mis botas y mis gotas
salobres, mis cansancios, mis recuerdos.
Moriré con las botas apretadas
tal como ahora las llevo.
Moriré con mis ojos, con mis hijos,
de acuerdo y en completo desacuerdo.
Moriré con tu amor como un ovillo
apretado muy fuerte entre los dedos.
Moriré con amigos y enemigos,
con el tacón rotundo y bien dispuesto,
siempre pisando el firme de la acera,
incordio del de fuera y del de dentro.
Moriré con mis botas ajustadas
para luchar en todos los inviernos,
para pisar el barro y no sentirlo,
para sentirme joven y no serlo.
Moriré con mis botas de nostalgia
atravesando el mar del pensamiento...
Pero no quiero hablar de muerte ahora,
aunque sea noviembre y haga sueño.
Quiero hablar de mis botas, de mis votos,
de mis bodas, mi voz, mi sed, mi viento…
¿A quién sirve, por qué se continúa
el “todoporlanada”, el “conlosnuestros”?
Yo seguiré —en amor nadie me gana—
bebiendo y rebebiéndome el aliento.
Así la una y la otra, bien calzada,
a pisar por la tierra, por el suelo…
¡Con mis botas calientes y apretadas
soy el hazmerreír de los luceros!

Textos lapidarios

[YO, ALFONSO]

Yo, Alfonso,
Rey castellano,
hijo de Fernando,
nieto de Berenguela,
Señor de Andalucía,
quiero ser enterrado junto al mar.

Ser enterrado en Cádiz,
la ciudad más antigua
a la que he repoblado
de cántabros y astures,
la que me ha conquistado
con el olor de su sabiduría.

En Cádiz junto al mar,
bajo los azulejos de la cúpula,
en la orilla que llaman
mar de los vendavales,
para que allí la mano que sacude
el hisopo infinito
asperge diariamente
mi ceniza y reciba
la bendición salina
en cada atardecer.
Allí purgue mis culpas
pues fui rey ignorante
en estrategia y mando.

Aspiré sin sentido
a aquel reino europeo,
perseguí a los judíos,
juzgué a los musulmanes,
aunque bebí en sus fuentes,
me enfrenté con mi casta,
aborrecí la prole,
repudié a mi consorte
y llamé santo al padre
que me hizo, buscando
su reconciliación.

Mas la gloria que hube por encima
de todas, fue ese lado
de naranjos y olivos,
de caza y pesquería:
Rayhana, Alcanatif,
Xerez amurallado
—tierra de pan y vino

y de fruta sabrosa—
y Cádiz junto al mar.

Vivo en cristiano pero asumo el mundo
que conquisté arrasando y excluyendo.
Lo mío eran asuntos que aprendiera
de labios de mi abuela y de los sabios…
¿Por qué luché si el alma se me iba
tras los astros, las piedras, las alquimias,
los juegos, los secretos paladeos?

Enderecé el lenguaje castellano
con más tino que a todos los ejércitos
levantara mi espada o estandarte,
mi arenga predilecta
fue enumerar estrellas, lapidarios.
Más que aceros, los códices miniados,
el verso, por la brida,
la cántiga al final de la victoria.

Mi patria era el regazo de la alquimia,
el lenguaje y el cántico,
mi tálamo, la ciencia.
Mi amor, el astrolabio,
mi amada inaprehensible, la atroz sabiduría
de las leyes y el pueblo,
el canto de juglares,
el milagro del ritmo y la palabra.

A Cádiz dono la custodia
y desato de nudos eclesiales
con Sevilla, mi corte.

En Cádiz quiero que me entierren
junto al mar, por los siglos de los siglos.

DE LA PIEDRA QUE A NOMBRE BEZAHAR

"Que a uertud de la luna aguzar se la memoria et entendra bien las cosas que oyere et non se le olvidaran".
LAPIDARIO ALFONSÍ

Le daba por comer cantos de río,
marmolillos y alfarjes,
masticaba guijarros lo mismo que limones.
Qué deseo de cálculos y gravas,
de cortezas de arcilla y costras pedernales.

Ay, la niña litófaga iba por las cunetas
en busca de manjares diminutos,
tintineantes, sólidos.

La niña —qué rareza— regurgitaba mármoles,
pastaba taraceas
y el granito en su boca era una golosina.

En lo hondo del valle, mascaba los brocales
del pozo que llamaban del hebreo.
¡Como dornachos o mazorcas
los círculos de piedra para ella!
Las bestias abrevaban
indiferentes al ansioso
trajín de los caninos
aún lácteos, incisivos, tercos, blancos.

Quizá fue la menor, la piedrecilla
que atoró su laringe,
y obstruyó el aire —así
los cometas varían el curso de los astros—.
¡Cómo aquella nonada
pudo poner azul triste los alvéolos
del pulmón, los rosados y húmedos locales
del aire transitorio y aromado!

Dicen los que asistieron,
que la mano que extrajo al fin, y tarde,
aquel mínimo gránulo, provocó en la garganta
de la criatura —como se derrama
la sangre desde el fondo de una herida
al descubrir la venda,
o como de la copa de los árboles
el agua sacudida tras la lluvia—,
un borbotón de lítico clamor, la arrastradura
de contactos y voces, y entre aquello,
entrechocada y libre una canción oscura como un pozo.

Eran palabras, dicen, en extraños idiomas:

sefardí o arameo, alguna lengua de esas
que apenas nadie habla hoy por el mundo.

MADRE MONTE CORONA

Las duelas de madera perfumada
con que mi abuelo componía
los redondos toneles de esa alquimia purísima
del vino jerezano
(las axilas de un dios en cautiverio,
las glándulas del tiempo detenido
en naves silenciosas y sombrías)
estaban hechas con tus árboles,
madre, Monte Corona.

Así que te he olido desde siempre,
no solo en aquel día empapada entre helechos y castaños,
no solo aquella tarde de ermita y clorofila,
los plátanos jaguares,
la manzanilla, el jaramago,
la masticable luz, qué dorada la lluvia,
qué rotundo el sonido de un madroño
al caer junto al río,
qué embriaguez de esmeraldas y tomillos,
qué succión de verdores y frescuras.

Como se huele por primera vez
en la infancia el aroma del mundo
y la vida se impregna para siempre,
yo te olí en las virutas, en el aserradero
de mi ciudad nativa. La calle Pajarete.
Los toneles. El vino.

LA SED JUNTO AL ALJIBE

Por el camino de mi sed Te llego,
no hay otra ruta en la que Te desveles
y aunque a mi alrededor no corra, huelo
tu agua profunda que mi sed aviva.
Huelo el líquido seno universal
con que me amamantaste de dulzuras.
Allí, aprehendida, alimenté en su tiempo
con calostros suavísimos la infancia.
Y eso nunca se olvida. Se mantiene
secreto, oculto, el gozo irrebatable,
los calambrazos súbitos pusieron
la señal en los labios y la frente.
Ya nos sabemos libres del destierro,
de los vacíos odres del entorno,
y aunque el aljibe al que me asomo tenga
tan solo musgo y Piedra, tu agua corre.
Mi sed, única senda que conozco.
Cuando no quede nada, será ella
la que me encienda viva, mi almenara,
me haga gritar y alzarme en la andadura.
Detecto cerca el manantial, los roces
de tu humedad percibo, no en lo alto,
ni en las profundidades del silencio,
ni en las zonas desérticas del mundo.
En mí, Señor, en Ti, en la placenta
donde me enrosco y sorbo la substancia.
Si ahora padezco sed, mi boca es mía,
mas yo duermo en el lecho de tu boca.
La sed. Mi sed. Mi senda.
Nadie puede librarte de mi sed.
Yo Te conozco a través de ella.
Aunque todas las aguas de este mundo,
las fuentes y los ríos y los mares
se extinguiesen de pronto, y no hubiera
sol que extrajese los vapores, nimbos
y cirros peatones por el cielo,
humores y regatos, manantiales
y savia, aunque fuese todo Piedra,
rotos aljibes, ruinas descuidadas,
mi sed, mi lazarillo,
me llevaría a Ti donde estuvieses.
Donde estás, donde estamos,
yo nadando en tu asombro,
llena de sed, flotante en tus mareas.

Philomena

GÉNESIS

“ La transparencia, Dios,
la transparencia…”
J. R. JIMÉNEZ

Anterior al inicio, es decir, desde siempre,
fue tu aleteo.
Aleteabas, girabas en graciosas posturas,
anterior al principio.
Intemporal, sin fecha,
desde siempre volabas.
Más que volar llevabas en tus alas el aire que orea el universo.
Cuando ya estuvo Todo y el Todo estaba en todo,
tú estabas y cabías,
y del Todo surgiste engendrada en la azul transparencia total.
¡Eterna y transparente revoloteabas, ibas
cantadora y exacta!
Y aunque no le faltara ni un acento a la música
que añadir, fue tu trino
quien sonó gratamente y aportó a la Armonía
de la Creación el verso.

MAITINES

Un solo pájaro despierta el universo.
Un solo trino desenvuelve la enroscada madeja
y en la nave interior, en posturas fetales,
caracolean salmos primerizos,
gira la noria tempranera
y del profundo pozo hasta el brocal del labio
el agua de los salmos adviene como un chorro.

Por Ti madruga el aire,
la semilla se yergue desde el terrón materno;
pugnan por asomar los tréboles,
las ramas desperezan su postura nocturna,
siente hambre la fiera,
miedo o felicidad el hombre que ha soñado,
madrugan y anticipan su sed los deseosos
pendientes de que Tú descorras las cortinas
y nos des la ración de pan, de alpiste y de agua.

Monasterio de la Oliva
Carcastillo

IDIOMA

Silabeas el alba igual que una palabra.
SALMO

Silabeas el alba, pronuncias su lectura,
de Tu Garganta brota el pájaro fonema,
las onomatopeyas del viento, el poema
que rubrica el aliento de cada criatura.

Una sola emisión de Voz y en las alburas
la deletreada nube lleva tu signo y lema,
el arco-sinalefa del irisado emblema,
enlaza la metáfora del mar con Tu Estatura.

Lengua viva, creador de inmensos silabarios,
Bóveda Palatal de los vocabularios
que al pronunciar posees, ¡recítame con brío!

¡Nómbrame ya con fuerza, carga pronunciadora,
del mismo modo que, de día, a cada hora,
yo pronuncio La Sílaba: Dios, Dios, Dios, Dios, Dios mío!

[PHILOMENA, TU CÁNTICO]

El eco lejano de Dios
llamándose a Sí Mismo.
K. RAHNNER

Philomena, tu cántico
es un acorde más entre todos aquellos
que forman el concierto: oye la sinfonía.
Tu engreída garganta, inapreciable cítara,
levísima vihuela entre tanto instrumento,
toca a Su Son, mas tú no eres
quien pulsas ni conduces
pues todo lo que aporta tu gorjeo
es un breve añadido que apenas se percibe.
Tu canto es una nota; una nota entre tantas
de los innumerables pentagramas,
dentro de la infinita belleza de Su Música.
Advierto el gran esfuerzo, el pálpito ardoroso
de tu cuello por donde se te escapa
el corazón a sacudidas,
sus contracciones rápidas como si fueses tú
—y no Quien está dentro de tu trino—
la que llevara pauta de su propio sonido
o como si —qué cándida— por ti tuviera fuerza
mayor la sinfonía.
Philomena, sosiégate. La armonía es eterna,
estuvo hecha sin ti, estamos repitiendo,
alma mía, Su Eco,
porque el Original quiere escucharse
a través de Sí Mismo, de las constelaciones,
del ruido de los mares, del silencio y de todo
sonido de los ámbitos creados.
Toca Su Son porque no es tuyo
y no eres responsable de la belleza
sino de si has cantado con amor.

MAIMÓNIDES BAJO LA LLUVIA

Lacustre, verdinegro, indiferente
al tránsito, Maimónides se eleva
en el “bimah” de la plazuela.
Maimónides observa nuestras manos
desteñidas por lluvia y yerbabuena.
Alguien le puso una colilla al labio
y profanó los bronces de su gesto.
(Pero sus dedos verdilargos
siguieron aquietados sabiamente.)
Cerca de allí la hermosa sinagoga
en el número veinte de Judíos:
el menorah, la palma, un patio abierto,
aljama de mudéjares ornatos,
los atauriques estrellados,
el salmo inscrito y el olor a su fuente.

Rabí Moisés, Ben Maimón Rambán,
de la Córdoba altiva, de la Córdoba
de Avempace discípulo
y sabio amigo mío.
Tu encuentro en la plazuela ha sido un reto,
un saludo, un “salam”, y un mandamiento:
no perder la paciencia y la postura.

Barrio Judío de Córdoba

LA NOCHE ABOLIDA

Tu mano acerca el fuego a la sombría tierra
y el rostro de las cosas se alegra en tu presencia.
SALMO

Eres calor, calor. Tibio regazo.
Pecho de ave. Edredón de pluma.
Por tu calor, no por tus resplandores,
por tu calor de lar, no por tu fuego,
por el calor al pan de tu tahona,
por tu calor, solo calor, calor.
En mi calor, en mi calor te llevo
como la tierra lleva la amalgama,
la incandescente entraña, tú eres eso:
calor, calor, calor, calor, calor.
Ni a la muerte podemos ya temer,
cercano de tu hoguera está mi rostro,
del ígneo condimento está mi boca,
tu pan está caliente en la cocina
a la temperatura de la noche.
Huyen como de bosques incendiados
los fantasmas nocturnos, la alimaña
sale de su cobijo, ni a la muerte
podemos ya temer y está vacío
el hoyo, inútil miedo en que caímos.
Nada es la noche, no hubo nunca noche,
tú aboliste la sombra y el sepulcro,
tu hoguera no exigía sacrificios
ni te saciaste de vestal o víscera,
ni exigiste cuidados ni pabilos,
pues eras tú, perenne redivivo,
temperatura universal, el día,
alba caliente, luz a todas horas,
a todo tiempo, a toda vida
diste y das, calor, solo calor.

REDIVIVA

Estás, alondra, estás, pequeña mía.
Te siento rebullir, saltar, me tienes,
nos tenemos de nuevo redivivas.

Estás en ese mar, ola marítima,
y en la brisa que cruzas, mi navío,
y en el paso que pisas caminante
y en el golpe que llama del cartero,
y en el oficio noble y oferente
—trinas tan seria como si contaras
lo mío—. ¡Oh, tú mi yo, mi pertenencia,
oh, tú mi compañera!
¡Cantar, cantar, cantar es lo que importa!

Sophía

Y, SIN EMBARGO, CANTA

Qué envidiable inconsciencia:
borboteo del agua,
chisporrotear de leño,
subrepticia carcoma,
canto de grillo insomne,
élitros contumaces.

Qué celosa contemplo,
oigo piar los pájaros,
crepitar la madera,
pasar nubes solemnes.

Todo tan libre, atado,
sin embargo, a los modos
con que otros prepararon
la norma sin esfuerzo
para llegar a ser,
un instante, ellos mismos.

Conforman los tejidos
de la ley, sin saberla.
El hombre, sin embargo
—conciencia plena, ingrata—,
sabe que cruza solo
su camino y que cada
movimiento genera
repercusión y ecos.
Para el hombre que sabe
que el final le contiene,
que el fin le corresponde,
le disminuye y grava,
que es transeúnte de un puente
terminal y son trámites
la ciudad o la selva
y su cielo y sus horas
pasan inaprehensibles,
debiera, por lo inútil,
ser imposible el cántico.
Sin embargo, detiene
su pie, desamordaza
la boca, aspira el aire
y canta. A veces, canta.

TAL DÍA COMO HOY

Oh, fret not after knowlegde!
I have none.
J. KEATS

Oh, no cantamos lo que sabemos
sino lo que sentimos.
Ya no sé nada y siento
y canto que no sé, que no sé nada.

¿Cuál es el repertorio que hoy me toca
seguir?

Los instrumentos,
ya preparados por el alba, esperan
pero en este momento no tengo partitura.
Ni parte en el concierto.

Van sonando los pájaros uno a uno y no sé
qué dicen. No sé nada.
Pero el fluir invade mi gratitud, me alienta,
goce del gozo mismo y sin motivo,
como el niño que busca dormido el pecho y bebe
después y se embriaga
del líquido puntual que le viene a la boca
y se nutre inconsciente.
La savia no hace ruido.
La vida empuja silenciosamente.
Cada noche se va como ha venido
a dar noche a otra noche
y el día nuevo surge entre dos luces
con su página en blanco donde situar la fecha:
“Tal día como hoy...”.

FELICIDAD

Jamás con la conciencia,
siempre con los sentidos.
Te puedo oler, gustar, mirar, palpar,
pero nunca saberte.
En el preciso instante
de conseguirte, huyes
y retornas a ser mi perspectiva,
intento, objeto deseado, eres
incompatible con la pausa,
paréntesis de dicha, saboreo
del gozo detenido, tú, pretérita
o por llegar, felicidad ausente.
Inconsciente te vivo en un relámpago,
transverberas y rompes los tejidos
de la dicha, transeúnte…
(Quédate en mí, que ya no he de pensarte,
no voy a darme cuenta todavía
para que no desaparezcas.)

PALABRA

Libre y frágil y armónica,
liviana compañera,
paloma mía, vuela desvalida.
Asirte no, pero sí hacerte,
hacernos juntas
y el zureo sea un cántico
unísono, una nueva sinfonía,
un ritmo repetido,
entre la novedad y la rutina,
hacia adentro, anidada perdurable,
huésped de mi sonido más profundo,
en el tiempo enroscada
antes de alzar el vuelo
pronunciado, en la voz.
Ave de mí, palabra fugitiva.

TAUROKATHAPSIA

¡Al fin, todo depende del salto y del empuje!
¡Saltar sobre la vida, sobre tiempos y espacios!
Largo y negro es el lomo, la embestida,
negro y bravo es el reto del acróbata.

Medir con la mirada la anchura de la fiera
y volar sobre ella, del testuz a las ancas.
¡Saltar entre cuchillos, volar, ese es el modo!

¡Todos nacemos desde un misterio que embiste!

NARCISO Y EL AGUA

Creyó ser ella misma, en los ojos de Narciso.
Narciso, a través de ella, se amaba y complacía.
Y el agua contemplaba confundida su belleza
en los hermosos ojos que siempre la ignoraron.

Pero cuando el nenúfar apareció en su seno,
azul y oscuro como la muerte, transformado,
quedó desposeída el agua de lo suyo:
la fluidez, el alma, el rostro y el espejo.

Quedó por siempre el agua preguntándose a solas,
preguntándose siempre en qué consistiría
aquello de ser agua…

[AHORA TE SÉ, PUES TE RECUERDO]

Ahora te sé, pues te recuerdo.
—Saber es recordar, según el griego—.
Ahora sé más de ti que cuando estabas.
Ahora puedo medir lo que me deshabitas.
Ahora sé más de ti por lo que falta.
Te digo más, porque el silencio impera.
—Más resuena la bóveda
cuando más solitaria está la nave—.
Tus gestos sin soporte son tus gestos,
sin cejilla que ajuste los sonidos
suenas mejor a ti. Ahora te siento.
Desanudo el cordón del embalaje
a ver si hay algo más que nada dentro.
Las cosas distraían; las ideas,
los mundos, el sonido. Interferían
sombras que te alejaban, me alejaban.
Ellas sobrevolaban, tú me sobreentendías.
Quizá no como entonces, así estamos:
tú en mi memoria, acaso yo en la tuya.

Ahora te sé, por cuánto te recuerdo.

Los niños interiores

HIDE-AWAY

La casa está situada al filo, en la ladera
de la montaña. Pájaros carpinteros
repican sobre cueros vegetales. Los árboles
se dejan horadar. Siguen siendo los mismos.
Un huerto con almendros e higueras, el camino
sinuoso de chumberas, azaleas y cardos.
Enfrente está La Madre, piedra en un solo cuerpo,
un lítico regazo coronado de nubes.
La casa no se advierte desde la carretera,
ningún transeúnte avista su cercana presencia,
tan solo los cernícalos, los ojos suspendidos,
las aves que preparan el chillido de ocaso.
Cruzan venados por las crestas altas,
se desliza la sierpe junto a las codornices.
La casa es muda y ciega, blanca e imperceptible
su longitud de nieve, su ardido camuflaje,
oro de soledad renovado en las horas,
tramo de la escalera prendido a su clausura,
el interior absorto se inflama, hace reclamo.
Y no hay tiempo más grave, ni solemne ni hermoso
que el que acapara este refugio embrionario
donde la savia inflama vegetales arterias
y el polen se derrama en busca de destino.
Frente a la noche inmensa, frente a los altos riscos,
donde todo lo vivo bulle y cambia y transforma,
la ceniza y el hueso son abonos fecundos,
fango y piel del detritus que se hará primavera,
toda hecha de silencios continuos, precavidos,
átona e inconsciente sinfonía que vuela,
todo huésped sumiso a reglas maternales,
y en hora exacta, el hecho prodigioso:
Reclama ya su turno la Escondida…
¡La casa enfrente que en silencio vuela!

(La Escondida-Grazalema 2005)

[NIDO INMENSO ES EL MUNDO]

Nido inmenso es el mundo
por donde nuestras bocas
insaciables asoman
como crías hambrientas.
Nido interior y en sombras,
cuenco del infinito
pozo en cuyo brocal
la ansiedad se detiene
y la boca sedienta
se incendia con reclamos
de color llamativo.
Sí, llamamos al ave
materna del sustento
con ansias de succiones
violentas que nos calmen
para volar y abrirnos
y caer en las rampas
de otro espacio infinito,
por las palmarias vías
de esos otros caminos
hasta la gran fisura,
Puerta con Luz y Aldaba.

[EL CUERPO, ESTE PRELUDIO DE LO ETERNO]

El cuerpo, este preludio de lo eterno,
lo siento y toco y miro y me pregunto
si no son demasiadas esas atribuciones
que le otorgamos siendo poca cosa.
Y sin embargo, es a través del cuerpo
con que te reconozco y te comprendo.
El tacto te vocea y te proclama.
En el placer la gloria y en el suave
contacto la armonía.
Bulbos acariciados somos en primavera,
unos con otros, sépalos
humedecidos, tiernos.
En la boca el pezón que se estremece
y su ebriedad derrama por todos los sentidos.
Nos hiciste al placer lo mismo que a la muerte,
cada cuerpo es un vaso colmado de Tu vino,
el gozo y el final nos iguala y redime.
Nos hiciste con él, para Ti, con el cuerpo.

FRACASO ESCOLAR

Mira, niña evaluada, en el panel del tiempo.
Tu nombre no figura o ha desaparecido.
No fuiste a clase nunca.
Anduviste perdida dilapidando el oro,
aprehendiendo cualquier tela de araña,
ajena al entramado, absorta con tu cirio.
Solo la luz entraba en tu mochila
y se te acurrucaba en las orejas.
La gente te gritaba
que alzaras las clavijas y sonaras más fuerte
porque no se te oía de tan cabizbajuna
y tanto andar sin orden ni concierto.
Tu nombre no figura en la lista de accesos
al porvenir. Tú nunca lo tuviste.
Ya te vas, y no estás ni siquiera empezada.

ALAMBRADAS

tantísimo silencio agarrado en la garganta
igual que una enredadera de alambre de espino.
MANUEL FRANCISCO REINA

Primer tiempo:
CANTE HONDO EN LA VENTA

En torno, un cerco de alambradas,
como rodea el collar de púas
el cuello de los perros, las manos del rebuscador,
los impacientes en penetrar al otro lado de la valla,
a la otra barrera de entre rejas,
los animales que regurgitan la yerba,
como el pobre su hambre; la testuz de las vacas,
soliviantadas ante el toro bravo,
se balancea de uno al otro lado,
como tallos de yerba en el ferial,
tierra de pasto entonces,
sustento de las mulas y las yeguas,
en la lejana esquina un merendero
con cristales de colores vivos
y un eucalipto grave como una catedral.

La seguiriya, voz de hombre a la guitarra:

Desperté y la vi.
Por si estaba soñando conmigo
la dejé dormí…

También se iba por caminos
de huertos al camposanto
donde la blanca sustancia
se vertía en alcuzas sonoras de latón.

Hay niños agazapados
junto a las alambradas.
Luciérnagas bajo el merendero
y la luna en el cielo.
—¡Qué miedo, hermano, qué miedo!

ALAMBRADAS

Segundo tiempo:
DEBUTANTE

Se rompería la cuerda en manos del guitarrista,
el quejido en la garganta del cantaor,
se detendría el melisma como una barca que encalla
junto a una roca y la mano
enroscada se abriría en alto, ante aquel silencio,
los brazos de Telethusa, morenos, se enroscarían
sobre los labios del hombre a punto de preguntar:
¿Quién tiene sangre en…?

Sobre el hombro de la madre llora la niña.
Su traje sin estreno riega los baldosines,
lunares y volantes esparcidos, la luna,
culpable y blanca regidora, ufana
de su influjo en aquella debutante entre rosas,
primera regla, niña, ciclo lunar primero.

—Las cuerdas, hija, saltarían… Hoy no puedes cantar…
Y estalla ahora un olor punzante a madreselva
y dondiego de noche.
De noche todavía. Mientras, se oye:

Desperté y la vi.
Por si estaba soñando conmigo
la dejé dormí…

EL DÍA DE MAÑANA

A Matilde, y sus criaturas interiores.

Dentro del tiempo hay otro tiempo
quieto sin horas ni peso ni sombra
sin pasado o futuro solo vivo.
OCTAVIO PAZ

Este tiempo no pesa, ni es de hoy ni es de ayer ni del mañana, aquel futuro día por el que acaparábamos todo lo útil y fundamental para ponerlo a nuestro servicio. Pero tomas conciencia de que el día de mañana ya no existe. De pronto, al darte cuenta, sobreviene la holgura, el absoluto ensanchamiento, como el de un mar en expansión que hubiese atravesado las lindes de todas las orillas. Así el tiempo vivo borra toda parcela y las etapas en las que hemos trazado aconteceres, dibujado íntimas e infinitas fronteras y creado analogías inservibles, tantas veces utilizadas para hacernos comprender o asegurar la opinión sobre lo divino y lo humano. El mar ha sido siempre la gran analogía, la de Dios, y ahora el mar nos ocupa y nos instala en sí y el cielo en él, y el universo en su centro, y el mundo en sus adentros, pero es por obra de la vida, solo la vida queda, la que no es del hoy ni del mañana ni del ayer.

Teníamos la edad en que nos iniciábamos en la práctica de aquellas enseñanzas sobre lo previsible útil en el día de un mañana que nos presentaban misteriosamente, cubierto por un velo al que las manos educadoras debían descorrer con lentitud y tino. Todo enfocado hacia el tiempo que hoy no existe y no al de siempre, o este, que no tiene mañana. Estábamos continua, tercamente recién enamoradas. (El amor más persistente creo que llegó a ser Alejandro Braschessi, descubierto en la dulce Florencia de los Médicis, en la galería Uffizi. Por ser amor platónico tardó más en borrarse de mi pensamiento, pero hubo otros entusiasmos que se reemplazaban fuera de los cauces de nuestro neoplatonismo.) No sé si fueron útiles aquellas enseñanzas y la concienzuda preparación de nuestros mayores para ese gran día del mañana, al modo de quien prepara el ajuar para el día de bodas. El utilitario convenio, el de la previsión, no era fácilmente asumible. Ahora, porque ya no hay nada que pueda reservarlo de la pérdida, en esta plenitud sin desperdicio, libre de nimiedades, conjeturas, criaturas de nostalgia, falsos proyectos de la desmesura. El corazón ha conseguido su libertad de repente y en tal forma que ya no elige por sentirse elegido. Vivir como un regalo el hoy apasionadamente, es la única tarea. Y si hay otro quehacer que no se hiciera, no por ello tendremos remordimientos. La posibilidad del existir llega a parecernos infinita porque hemos atravesado por entre los árboles que nos impedían ver el bosque. Y todo el bosque es nuestro, y todo el universo de nosotras, concedido como gracia por el milagro de haber rebasado el tiempo utilitario y situarnos en la atalaya contemplativa. Contemplar y amar la vida por ella misma, ella, permanente y no ficticia, sobre nuestra disminución gloriosa, en los atardeceres sin ruido, sin aspavientos, con la esperanza de quien no se desespera por nada ni se impacienta. Vibrar, estimularse con el roce del viento, las manos y el cabello al aire. Beber, beber los vientos que ya no son del hoy no del ayer ni del mañana. Sentirse propietaria de ilusión cuando ya no preocupa su adquisición forzosa ni la ansiedad de incrementarla. Estado puro del sobrevivir sin soporte, oh, qué libertad extraordinaria, qué luz riquísima la del poniente, su asequible sombra hacia la que nos encaminamos desde el tiempo de nunca jamás hasta la primavera inmarchitable.